

INTERCAMBIOS CULTURALES TANGIBLES E INTANGIBLES: ALGUNOS DATOS SOBRE LA EMPERATRIZ VIUDA MARÍA EN MADRID, 1582-1603¹

Alfredo Alvar Ezquerro
Profesor de Investigación del CSIC
Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia

Querido Fritz, hermano. En *De amicitia* Cicerón pone en boca de Lelio esta reflexión, que traduzco a mi manera a mi lengua vernácula. Otro día la pasamos a la de los bárbaros, a nuestra manera, en alguna de las tascas que hay al otro lado del Karl Lueger Ring.

“Lelio: ¿cómo puede ser, como dice Enio, 'vivable' una vida que no descansa en la mutua generosidad de un amigo? ¿Qué es más dulce que tener con quien te atrevas a hablar todas las cosas? ¿Qué fruto merecería la pena obtener de las cosas prósperas, si no tuvieras quien se alegrara con ellas igual que tú mismo? Y sería difícil sobrellevar las adversas sin aquel que las soportara más gravemente incluso que tú”.

INTRODUCCIÓN

Considerada como “miembro informal de la diplomacia de Felipe II”², no puede ser más acertada la afirmación. Porque, en efecto, de la lectura de su epistolario con el rey se deduce que, estaba preocupada y ocupada con los asuntos de casa de la Casa, pero igualmente, era generadora de opinión en Madrid de que qué era Centroeuropa, la política del Imperio y la raya con Turquía. Ejercía, sin duda, con lealtad sus papeles de reina de Hungría y Bohemia, o de Emperatriz; pero también desempeñaba con lealtad la función de hermana del rey de España.

Ese papel de intermediadora, de embajadora de la Casa lo desempeñó María magistralmente. Lo hizo en tanto que casamentera (de Felipe con Ana de Austria, por

¹ Este trabajo forma parte de los realizados al amparo del proyecto de investigación del Plan Nacional de I+D+i financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Reino de España, que se desarrolla en la Agencia Estatal Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) bajo la dirección del dr. Alfredo Alvar Ezquerro, cuyo título es “Intercambios culturales personales tangibles e intangibles (ss. XVI-XVII)” (nro. de ref. HAR2014-55233-P).

Es de justicia advertir que se trata de la versión extensa y en español del texto que llevaba por título “Several circumstances related to Holy Roman Empress and Queen consort of Hungary María in Madrid, 1582-1603” y que presenté al congreso internacional *La representación de la majestad en las monarquías de Hungría y España bajo la Casa de Austria: arte e historia cultural (siglos XVI-XVIII)*, Ayuda Hispanex 2015 del MECyD-Institute of History, Research Center for the Humanities (Hungarian Academy of Sciences), Budapest, 5 y 6 de abril de 2016 (5 de abril).

² Sánchez, Magdalena S.: “Los vínculos de sangre...”, p. 779. Son fundamentales los siguientes trabajos: Friedrich Edelmayer, María (de Austria). In: *Neue Deutsche Biographie*, Bd. 16, Berlin 1990, p. 174; Magdalena S. Sánchez, “Empress María and the Making of Political Policy in the Early Years of Philip III's Reign”, en Alain Saint-Saens (coord.): *Religion, Body and Gender in Early Modern Spain*, San Francisco 1991, pp. 138-147; de la misma: *The Empress, the Queen, and the Nun. Women and Power at the Court of Philip III of Spain*, Baltimore 1998; de la misma “Los vínculos de sangre: La Emperatriz María, Felipe II y las relaciones entre España y Europa Central” en José Martínez Millán (coord.): *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*, vol. 1/2, Sociedad Estatal.... Madrid, 1998, pp. 777-793.

ejemplo) y lo hizo también para controlar los desvaríos religiosos del Emperador, cabeza formal de la Casa de Austria.

Aunque Felipe II recibiera información de ciertos temas por dos vías, la de sus embajadores en Viena/Praga más las cartas de María, o que de otros la información se recibiera por tres caminos (los dos anteriores más las entrevistas o los memoriales de los embajadores imperiales en Madrid); en algunos temas, los más delicados y reservados (esto es, los de la casamentería o los de la religiosidad del Emperador) eran tenidos por más fiables si partían de la pluma de la Emperatriz que de otros. De la lectura de las cartas entre Maximiliano con Felipe II, de los embajadores en Viena con Felipe II, y de María con Felipe II se extrae la idea de que María jugó un papel determinante en mantener sin sospechas las opiniones de Felipe II ante Maximiliano. Era una especie de “ángel espía”. Ella actuaba así. En muchas cosas, sin que supiera de sus actos u opiniones su propio esposo, el Emperador del Sacro Imperio. De hecho algunas cartas de Felipe II dirigidas a su hermana iban identificadas como solas para ella, y explícitamente sin que de su existencia pudiera saber el Emperador.

El que un embajador de Felipe II mantuviera ante Maximiliano II las opiniones del rey de España, era algo tan lógico y público que, naturalmente, se podía disimular ante él. Que en materias delicadas Maximiliano II evitara la confrontación directa con Felipe II y escribiera vaguedades, podía ser natural. Pero, entonces el papel intermediador y extractor de informaciones, gestos, y símbolos pasaba a ser cosa de una mujer avezada, inteligente y hábil política: María.

Es fascinante leer su epistolario y el de los embajadores en Viena. Ellos departían con ella y no solo con Maximiliano II. Luego, a Madrid llegaban las interpretaciones de la misma entrevista o del mismo asunto por dos, o tres vías, de la mano de Maximiliano, de María, del Embajador de turno.

Y, por otro lado, las cartas del embajador imperial en Madrid, Hans Khevenhüller podían salir hacia Maximiliano (o Rodolfo), por un lado y por otro hacia María..., o en sus palabras (y valga de ejemplo), “[agosto de 1581] este mes escribí tres veces al rey [Felipe II] en asuntos necesarios, y cuatro veces a Su Majestad Imperial [Rodolfo II] y a la Emperatriz”³.

Los embajadores de Felipe II acudían a María filialmente, como si ella fuera la “madre protectora” a la que ir a pedir opinión de qué hacer o cómo hacerlo. Y, por si eso era poco, resultaba que a veces la Emperatriz se presentaba a las audiencias entre el Embajador y el Emperador. Estaba presente. Lo escudriñaba todo..., nadie le impedía estar presente. Porque María fue ganándose la confianza ciega de Maximiliano en ella. Amor político y carnal semejante al de Carlos V e Isabel.

Ella, además del “ángel espía” y de la “madre protectora” era el “bálsamo diplomático”.

Pero ella era mujer, en Praga/Viena. Estaba si no en tierra hostil, sí lejos de estar amparada por alguien cálidamente, cuando las cosas se torcieran. Los asuntos no se resolvían en un bis a bis entre ella y su esposo, sino que los intereses eran múltiples y enfrentados a veces a lo que ella (o su hermano) quisiera. Como escribió Martínez Millán, adoleció de “falta de servidores de confianza”, más aún desde “el matrimonio de su hija

³ Sobre Khevenhüller, Alvar Ezquerro, Alfredo: *El Embajador imperial Hans Khevenhüller (1538-1606) en España*, BOE-MAEyC, Madrid, 2015. ISBN, 978-84-340-2205-8, 750 pp.

Ana con el Rey Prudente”⁴. Por ello resulta aún más impresionante su personalidad (aunque ella también pudiera equivocarse en las apuestas políticas que hizo).

Es muy curioso asistir a cómo Carlos V se fió completamente de sus “mujeres políticas” y que Felipe II siguió haciéndolo, aunque en menor grado. Sin embargo, como apunta también Magdalena Sánchez, le gustaba extraer información de sus mujeres familiares en las cortes extranjeras y acaso por ello, daba poco juego en materia política sus esposas en Madrid.

Felipe II fue aprendiendo, como Carlos V, a fiarse más y más de sus “mujeres políticas”. Tan es así que él sabía y lo hacía saber a sus embajadores cada vez más, que antes de Maximiliano había que filtrar los asuntos ante María. Y es que María no sólo conocía las voluntades de Maximiliano, o de Felipe, sino que conocía a las gentes de Viena, cortesanas o no, facedoras o desfacedoras de entuertos.

Dicho sea de paso, que también conocía a sus criados, por quienes velaba –como correspondía a su rango y linaje–, protegiéndolos ante las adversidades de la vida y de la muerte; aupándolos en cuanto las oportunidades se ofrecían⁵.

Pero si el balance de las acciones diplomáticas en que tuvo protagonismo podemos considerarlo positivo, hubo un problema que no supo resolver por ninguna de las vías a su alcance: la dubitativa religiosidad de su esposo.

La muerte de Maximiliano II en Ratisbona fue trágica a los ojos de los católicos por su insistencia en no recibir los Sacramentos.

En cualquier caso, entra ahora en escena don Juan de Borja, que es enviado a dar el pésame. Durante el camino escribe (Génova, 12-X-1577) al embajador Zúñiga que le agradaba la idea dada por el Papa a Zúñiga de la importancia de que la católica María quedara en Viena/Praga; presencia calificada como de “muy necesaria” y “así entiendo que les parece a todos los que sienten bien de las cosas”. De hecho, nadie pensaba por aquel entonces de la salida de María hacia España, y ni aun durante el viaje había oído nada sobre ello, “la Emperatriz no había movido plática de venir a España, ni después acá [después de haber salido de Madrid hacia Viena/Praga] sé que se haya tratado”. Sea este un apunte de los muchos que existen sobre la permanencia de María en Centroeuropa⁶.

Con ese problema en la Corte Imperial, el increíble viaje de Matías a Flandes, dejó perplejo a más de uno. De hecho en Roma, la Ciudad Eterna, se sintió el escándalo. En esta ocasión es el embajador Zúñiga, desde Roma, el que escribe a Mateo Vázquez (o a don Juan de Austria): “Aquí se ha sabido la partida del Archiduque Matías para ahí, y no se tiene aún aviso si los que el Emperador había enviado tras él le habían detenido. Este negocio ha dado en esta Corte gran estampida y sobre él se discurren como se suele

⁴ Martínez Millán, José: “La Emperatriz María y las pugnas cortesanas en tiempos de Felipe II” en Belenguer Cebriá, Ernest: *Felipe II y el Mediterráneo. La Monarquía y los reinos*, vol. III, Sociedad Estatal... Felipe II y Carlos V, Madrid, 1999, pp. 143-162, p. 145.

⁵ Lo cual es lo normal de la buena naturaleza de los hombres. En las cartas que escribe a Felipe II se ve esa preocupación, o ese apoyo en varias ocasiones. Además de en CODOIN, hay un epistolario publicado, Galente Díaz, Juan Carlos y Salamanca López, Manuel: *Epistolario de la emperatriz María de Austria. Textos inéditos del Archivo de la Casa de Alba*, Nuevosescritores, Madrid, 2004. Igualmente, Marek, Pavel: “Las damas de la emperatriz María y su papel en el sistema clientelar de los reyes españoles. El caso de María Manríque de Lara y sus hijas” en Martínez Millán, José y Marçal Lourenço, María Paula (coords.): *Las relaciones discretas entre las Monarquías hispánica y portuguesa: las Casas de las Reinas (ss. XV-XIX)*, Ediciones Polifemo, Madrid, vol. II, 2009, pp. 1003-1036.

⁶ De Juan de Borja a Juan de Zúñiga, desde Génova a 12-X-1577, Bibliothèque de Genève, Col. Ed. Favre, 14, 4r.

hacer por acá en otras cosas de menos momento y se desea mucho entender el efecto que habrá hecho la llegada del archiduque si ha proseguido el viaje”⁷.

Por tanto, sin entrar en más detalles, muerto Maximiliano y tonteando uno de sus quince hijos con los rebeldes y el sucesor habiendo dado muestras de desvaríos, nada parecía augurar un futuro tranquilo para la vivaz Emperatriz.

La pobre Emperatriz no pudo soportar el impacto psíquico de la nueva vida y de los nuevos actores, sus singulares hijos. O sea, que entró en una profunda depresión. El testimonio del Embajador extraordinario Juan de Borja es muy clarividente. Al parecer, “el mal que Su Majestad ha tenido procede (según refieren los médicos) de melancolía y humores que han cargado demasiado con la mudanza de vivir que ha tomado después que enviudó y porque se temieron de que no viniese a parar esto en alguna larga y peligrosa enfermedad, y Su Majestad no se aseguraba tampoco de si los dichos físicos que ahora tiene lo conocen bien el mal. De raíz se resolvió de enviar por uno que dicen hay muy bueno en el estado de Milán y no porque le apretase tanto el mal como acá se ha publicado...”⁸

Cabe la posibilidad de que quisiera “vigilar” los primeros pasos políticos del nuevo Emperador y que por ello no estuviera tomada ninguna decisión para volver a España.

En tercer lugar, es posible que quisiera ver casado a su hijo Rodolfo con la infanta Isabel de España y que, por tanto, esperara a que se cerraran las negociaciones. Y también quería casar a su hija Catalina con Felipe II, cuando éste quedó viudo por la muerte de Ana de Austria en Badajoz.

Una mezcla de fracasos de todo ello, sobre todo un ambiente desabrido, le hicieron ver lo oportuno de volver a España. Los avatares del día a día retrasaron ese viaje.

Y tal vez en alguno de esos momentos de intimidad con algún buen médico, o hablando con Juan de Borja, o con algún otro clérigo o confesor, María tomó la decisión de volver a España.

Por aquel entonces estaba extendida esta opinión:

“La emperatriz doña María, hermana del Rey Católico, viuda del emperador Maximiliano, sabida la nueva de la muerte de su hija la reina doña Ana, y que sus nietos y sobrinos quedaban muy niños, en gobierno de ayos y de tutores, si muriera el Rey, y deseando salir de Alemania por no ver tantos trabajos como la Iglesia Católica con su gran detrimento padecía en ella, y que daría fin á sus días en España con más quietud y seguridad de cuerpo y espíritu en buena vejez, porque el justo bien envejece, escribió al Rey, su hermano, dispusiese el viaje y cumplimiento de su buen deseo”⁹

Así que con algunos de sus próximos en palacio con veleidades reformadoras y sintiéndose ya incapaz de vencerles, con sus propios hijos desvariando y ella triste y desolada, decidió volver a España¹⁰.

⁷ Don Juan de Zúñiga a ¿Mateo Vázquez o a don Juan de Austria?, 28-X-1577, Instituto Valencia de don Juan, Envío 14, caja 26.

⁸ De Juan de Borja a Juan de Zúñiga, desde Viena, 26-II-1578. Bibliothèquè de Genève, Col. Ed. Favre, 14, 19r.

⁹ Cabrera de Córdoba, Luis: *Historia de Felipe II*, vol. II, pp. 626 y ss.

¹⁰ El viaje en sí mismo ha sido estudiado en un trabajo muy sugerente por Schoder, Elisabeth: “Die Reise der Kaiserin Maria nach Spanien (1581/82)” en Friedrich Edelmayer (ed.), *Hispania – Austria II. Die Epoche Philipps II. (1556–1598) / La época de Felipe II (1556–1598)*, Viena-Munich 1999, pp. 151–180.

LA REINA DE HUNGRÍA, EMPERATRIZ MARÍA EN ALGUNAS ANOTACIONES DEL EMBAJADOR KHEVENHÜLLER

En su diario, el embajador imperial en Madrid Hans Khevenhüller deja claro cómo la decisión del regreso a España de María fue asunto privado de ella. Rodolfo II no quería que regresara; por el contrario, Felipe II se mostraba contento. Y, en cualquier caso, si desde la muerte de Maximiliano hasta emprender el viaje transcurrieron varios años, ello se debió a que tras la muerte de Carlos IX de Francia y de Ana de Austria en España, María pretendió inducir a su hija, reina viuda de Francia, a que se casara con Felipe II, a lo que ella se negó rotundamente porque le había prometido a su esposo castidad en el lecho de muerte. Así que arrojada la toalla ante este problema, pudo ocuparse de preparar su vuelta a España:

“No quiero dejar de comunicar [registra en el diario Hans Khevenhüller en 1581] que fue la Emperatriz la que tuvo que presionar para poder venir a España, además de que el Emperador y otras razones casi impiden el viaje, razón por la que ambas Majestades, como se puede comprobar en mis cartas, me requirieron clementísimamente en varias ocasiones de su propio puño y letra. Cada parte deseaba tener al rey de su lado (lo que no fue posible). Pero yo hice todo lo que consideré que debía hacer para responder ante Dios y el mundo. Y quiero creer que si la reina, de loabilísimo recuerdo, no hubiera muerto, el rey no habría autorizado la visita¹¹ de la Emperatriz, pero se le concedió, porque no se encontraba a gusto en el país anterior. Sin embargo, suele pasar a veces que tales resoluciones se lamentan y no se pueden remediar, lo que ocurre una vez pasado el tiempo”.

“No se encontraba a gusto” en Viena. Por fin, el 1 de agosto de 1581 empezó el movimiento, pues ese día salió de Praga hacia España. Según las notas de Khevenhüller, permaneció en Viena durante todo el mes de agosto,

“intentando por todos los medios humanos convencer a la reina de Francia, su hija, al citado matrimonio, sin conseguir nada más que antes. Estas cosas fueron o debieron haber sido tratadas con mucho secreto, pero no sé a través de quién se difundió de tal manera que hasta los niños en la calle lo sabían. Suele pasar cuando se confían asuntos secretos a las mujeres”.

El 1 de septiembre de 1581 llegó a Madrid la noticia del inicio del viaje según anotó Khevenhüller.

Malas fechas las elegidas, porque Felipe II estaba en Lisboa, así que la recepción de María no podía ser muy señalada. De nuevo Khevenhüller, “el 4 de noviembre estuvo en mi casa don Antonio de Castro, señor de Cascais, enviado desde Portugal por el rey para que recibiera a la Emperatriz en Barcelona”. Felipe II no envió a ningún Grande de España, sino que los honores se los iba a hacer este personaje singular, que al parecer fue el que llevó las riendas del caballo de Felipe II cuando este entró en Lisboa¹². A la vez (el 8 de noviembre) embarcaba en Génova la Emperatriz y escribía a Khevenhüller, “de su puño y letra alabando y agradeciendo clementísimamente, entre otras cosas, el obediente y buen trato recibido en Carintia por parte de mis hermanos y primos. Este escrito se encontrará entre otros míos escritos de puño y letra de S.M.I.”

Tras una complicada travesía, que le tuvo amarrada por el mal tiempo un mes, llegó el 2 de diciembre a Colibrí (Colliure). Desde allí empezó la segunda etapa del viaje, hacia

¹¹ En el original “*bereinkunft*”.

¹² La entrada de Felipe I en Portugal (y más hechos, claro) están recogidos en Roiz Soares, Pero: *Memorial*, ed. Lit. M. Lopes de Almeida, Coimbra, 1953. El texto va dedicado a la vida lisboeta de 1565 a 1628.

Barcelona. Khevenhüller le escribía constantemente. Igualmente, mandó un correo a Praga para informar de la feliz llegada de S.M.I. a España.

Mientras María permaneció en Barcelona (hasta mediados de enero de 1582), Rodolfo II ordenó a Khevenhüller que acudiera a la ciudad a recibirla. Así que el 22 de enero se encaminó hacia Barcelona. No voy a describir el viaje, sino sólo dar unas referencias: el 5 de febrero entró la Emperatriz en Zaragoza, y al día siguiente se entrevistaron durante dos horas en las que le informó de “cuestiones no poco importantes, sobre todo informé a S.M.I. largamente sobre el estado y naturaleza de las cuestiones españolas para que estuviera debidamente informada acerca de todo”. El día 8 de febrero mantuvieron una nueva y larga entrevista y Hans dejó Zaragoza, camino de Madrid. Tenía que preparar la llegada de María a la Corte del Rey Católico: desde el 18 de febrero en adelante fue solicitando audiencias al príncipe don Diego (1575-1582), a las infantas en nombre de la Emperatriz, o escribió a Lisboa a Felipe II.

Por fin, “el 23 S.M.I. llegó a El Pardo, pero toda la servidumbre fue enviada a Madrid¹³. Allí aguardaban a S.M.I. el príncipe, el infante (Felipe, 1578-1621) y las tres infantas (Isabel Clara Eugenia 1566-1633, Catalina Micaela 1567-1597 y María 1580-1583) a las que esperaron aproximadamente media legua antes de llegar a Madrid, en donde se encontraron todos”.

A finales de mes, se alojaron en El Escorial, en donde agudamente anota Hans, “supongo que no pudieron distraerse demasiado, porque muchos de los suyos estaban enterrados allí”.

Por fin,

“el 6 [de marzo] partí a El Pardo para salir al encuentro de la Emperatriz y acompañarla en su entrada a Madrid ese mismo día”. Almorzó en el Alcázar y “y marchó con los suyos al Monasterio de las Descalzas, que había fundado su hermana, la princesa doña Juana, y donde se encontraba su tumba”.

En este punto la historiografía tradicional interpretaría que había empezado la voluntaria reclusión en las Descalzas. De hecho, los augurios así lo aventuraban: “Esa noche – escribe Khevenhüller– todo el cielo adquirió un extraño color rojo como la sangre, tenía un aspecto sorprendente e igualmente pudo verse en Alemania y en Italia”.

Sin embargo, ese retiro conventual no duró mucho. Duró sólo una frase escrita, porque la siguiente del Embajador Khevenhüller dice así,

“Y aunque S.M.I. había decidido retirarse no pudo hacerlo, como se verá más adelante, debido a la negociación del matrimonio de S.M.I., su hijo, con la hija mayor del rey, la infanta doña Isabel”.

Tal era la afición de María por los buenos matrimonios de la familia, que estaba dispuesta a irse a Lisboa para tratar de esa boda: “El 16 [de marzo de 1582] se anunció el viaje de la Emperatriz a Portugal”, lo cual ya había comunicado María a Hans Khevenhüller, al que, por otro lado, había pedido que le acompañara. Hans, aun a pesar de no ser financiado desde Praga, aceptó ir a Lisboa: “estaba dispuesto a prestar dicho servicio, pues no era mi costumbre hacer esperar a mis señores. Y por tanto estaba dispuesto a obedecer humildísimamente las órdenes de su benigna Majestad, con lo que S.M. quedó satisfecha”.

¹³ En el artículo citado más arriba Martínez Millán publica una relación de 135 criados de doña María en Madrid.

Quedaban dibujadas las líneas del futuro: la Emperatriz no se encerró en el convento. Siguió enredada en cuestiones políticas. Halló en Han su gran confidente. Hans fue el representante del Emperador y de la Emperatriz-viuda-madre en la Corte del rey Católico. Escribe Hans en marzo de 1582: “Todo ese mes visité a la Emperatriz diariamente”.

El 26 de marzo de 1582 María tomó el camino de Lisboa. ¡Menos mal que había ido a España a enclaustrarse! Casi un mes más tarde, el 20 de abril tomó el camino de Lisboa el Embajador Imperial. Antes de Elvas alcanzó a doña María, con la que inició viaje en su propio carruaje durante unas leguas. Luego, le tomó la delantera para anunciar con tiempo su llegada y la de la Emperatriz a Felipe II, en Lisboa. El 4 de mayo el rey salió a recibirlos a Muge. El día 13 Felipe II y María entraron en Lisboa. “Ese día pasó un gran cometa entre el atardecer y la medianoche que pudo verse durante 3 días. Se pudo ver de forma similar en otras tierras, en Alemania y en Italia”. El 29 de mayo Hans fue informado de que Felipe II quería que en las audiencias sobre el matrimonio estuvieran solos el Rey, la Emperatriz y él. El 2 de junio escribió a Rodolfo II sobre las negociaciones. Y en los días siguientes, Felipe II y Hans debatieron sobre la sucesión imperial. En cualquier caso, el 19 de octubre la Emperatriz comunicó a Hans su deseo de volver a Castilla. Mientras tanto, llegó la noticia de la muerte del infante Diego: el único superviviente varón que quedaba era el debilucho Felipe, así que Hans reflexiona: “que se lleve a cabo el matrimonio de la infanta mayor (Isabel Clara Eugenia), según sea de mayor gloria para él en lo que se refiere a la permanencia de la Casa de Austria.”

Esa muerte y ese matrimonio tuvieron las mentes intranquilas durante unas jornadas. Por fin el 10 de diciembre de 1582 mandó Hans un correo a Praga comunicando a Rodolfo II la resolución de Felipe II sobre el matrimonio de Isabel Clara Eugenia con el Emperador. Las instancias de la Emperatriz fueron evidentes.

Sin embargo, toda aquella incertidumbre hizo mella en la mente de la Emperatriz: “El 12 volví a tener una larga audiencia con la Emperatriz, en la que tratamos muchas cosas importantes. Como me pareció que S.M.I. estaba atemorizada con algunos temas, la animé y le di a entender que mostrara valor, pues ahora lo necesitaba, que descendía de muchos Emperadores, que había sido la esposa de un Emperador y que era la hermana del rey de España, que se abstuviera de las cuestiones comunes que acontecían en la Corte del rey, pero que las que eran importantes para ella, los suyos y toda la cristiandad, las asumiera, ejecutara y continuara con gravedad. Que Dios nos ayude”.

Iniciado el viaje de vuelta a Castilla, llegaron a Madrid la Emperatriz y Hans que la acompañó permanentemente el día 14 de marzo de 1583.

La Emperatriz estuvo en Palacio y se retiró después a las Descalzas, en donde... todos los días tenía audiencia con Hans e incluso a finales de mes “el día 30 mencionado y el 31 tuve una larga audiencia con la Emperatriz sobre cuestiones importantes, entre otras, sobre la boda del rey (de la que se hablaba públicamente pero sin fundamento)”. En abril de 1583, “el día 4 acompañaron a la Emperatriz el príncipe y las infantas y yo les asistí. El día 5 estuve de nuevo con la Emperatriz por varios negocios”, e incluso, “el 25 [de abril] el rey visitó a la Emperatriz; por eso escribí a S.M.I. lo que era necesario” y aún más, “ese mes estuve casi todos los días con la Emperatriz, acompañando a S.M. y tratando cuestiones importantes que surgen cada día”; o en mayo de 1583 “Hasta el día 8 acompañé diariamente a la Emperatriz”.

En conclusión: la tónica habitual de la vida de la Emperatriz en las Descalzas era la de ser visitada a diario por el Embajador Imperial, por los príncipes e infantes, y aun por el propio rey. Preocupaban varios motivos graves, como algunas posesiones en Portugal, o el asunto de la boda de su sobrina con su hijo, amén de todo aquello de lo que hablaran sobre el estado de la Cristiandad.

Por lo demás, ya desde 1582 mantienen contactos personales don Juan de Borja y Hans Khevenhüller: acude aquel con su esposa y otros caballeros a comer o a cenar a casa del Embajador, por ejemplo. También, es Hans quien lleva a Carlos de Borja a la pila bautismal. Por ende: entre Hans y Borja se establece una cerrada relación de amistad. Desde finales de abril de 1584 se hace recurrente un acto social: la salida de la Emperatriz con Hans a casa de don Juan de Borja, a visitar sus jardines. “Tal y como ha venido sucediendo casi todo este año, el 21 la Emperatriz salió a la Casa de Campo en mi coche, el 23 al jardín de don Juan de Borja. En todo momento acompañé a la Emperatriz y el 30 traté todo tipo de cuestiones importantes”.

Desde entonces, las visitas, o las salidas al jardín de don Juan de Borja son frecuentes. Registradas en el diario de Khevenhüller, las hay todos los años hasta 1590; durante una década no constan; finalmente, vuelven a reanudarse entre 1599 y 1600¹⁴. Esto en lo relativo a las salidas a la casa de don Juan de Borja y no a otras estancias o salidas.

¹⁴ Estas son las fechas: 4 de junio de 1584. 23 de octubre de 1584. Mayo de 1585: El 6 la Emperatriz volvió a la Casa de Campo. El 8 visitó el jardín del prior don Hernando, el 11 el de don Juan de Borja. El 14 fue a Carabanchel, donde estaban los halcones del rey. 18 y 23 de mayo de 1585 el de Juan de Borja. 5 de junio de 1585. 12 y 17 de junio de 1585. 15 de julio de 1585. En octubre de 1585 se plantea solicitar un préstamo para financiar sus gastos. 18 de marzo de 1586. Mayo de 1586. “El 3 de mayo la Emperatriz oyó misa en San Jerónimo. Yo la acompañé. Después se dirigió al jardín de don Juan de Borja, allí almorzó y cenó. El 4 y el 5 tuve sendas largas audiencias con la Emperatriz en varios asuntos importantes ordenados por el Emperador. Entre ellos, diversas legítimas de la señora hermana de S.M.I. El 7 S.M.I. volvió a visitar el jardín de don Juan de Borja, también el 12. El 13 almorzaron en mi casa don Juan de Borja y otros muchos señores. Mayo de 1586: El 19 S.M.I. salió a pasear por la Casa de Campo. El 29 la Emperatriz asistió a misa en las Descalzas. Después fue al jardín de don Juan de Borja para almorzar y cenar. Junio de 1586. 3 de junio. El 14 S.M.I. almorzó y cenó en el jardín de don Juan de Borja. El 19 estuvo en la Casa de Campo con S.M.I. Agosto de 1586. El 7 la Emperatriz estuvo en el jardín de don Juan de Borja, y yo con S.M.I. Octubre de 1586. El 2 estuvo en el jardín de don Juan de Borja para tomar allí el almuerzo. El 6 acompañé a la Emperatriz a la Casa de Campo. Noviembre de 1586. El 4 acompañé a la Emperatriz al jardín de don Juan de Borja. Junio de 1587. El 18 la Emperatriz desayunó y cenó en el jardín de don Juan de Borja. Julio de 1587. El 6 la Emperatriz estuvo en el jardín de don Juan de Borja. Mayo de 1588: El día 7 estuve con S.M. en el jardín de don Juan de Borja. El 21 estuve con la Emperatriz en el jardín de don Juan de Borja. Junio de 1588. El 27 escolté y acompañé a la Emperatriz al jardín de don Juan de Borja. Octubre de 1588. El 27 salió a pasear la Emperatriz y yo acompañé a S.M.I. El 29 estuve con mi muy estimada señora en el jardín de don Juan de Borja para desayunar y para cenar. Ese mes correspondí con S.M.I. sobre las cuestiones acontecidas, como es debido. Abril de 1589. El 17 la Emperatriz visitó el jardín de don Juan de Borja y almorzó y cenó allí. Yo la acompañé. También al día siguiente. Mayo de 1589. El 4 estuve con S.M.I. en el jardín de don Juan de Borja donde almorzamos y cenamos. El 13 la Emperatriz tomó el almuerzo y la cena en el jardín de don Juan de Borja, acompañando yo a S.M.I. Junio de 1589. El 26 escolté a S.M.I. al jardín de don Juan de Borja, y traté con la Emperatriz todo tipo de asuntos, tanto sobre la citada marquesa como sobre otras cuestiones. Julio de 1589. El 6 acompañé a la Emperatriz al jardín de don Juan de Borja, en donde asistí a S.M.I. durante todo el día. Noviembre de 1589. El 26 acompañé a la Emperatriz al jardín de don Juan de Borja. Diciembre de 1589. El mismo día 20 estuve paseando con la Emperatriz en el jardín de don Juan de Borja. Febrero de 1590. El 5 la Emperatriz oyó misa en Nuestra Señora de Atocha y después almorzó en el jardín de don Juan de Borja, y yo con ella. Junio de 1599. El 7 estuve con la Emperatriz, mi muy graciosa señora, en el jardín de don Juan de Borja, en donde S.M.I. almorzó y permaneció hasta última hora de la tarde. Julio de 1599. El 5 estuve con la Emperatriz en el jardín de don Juan de Borja. Enero de 1600. El 18 la Emperatriz estuvo en el jardín de don Juan de Borja con el rey y la reina. Yo los acompañé. Septiembre de 1600. El 5 el rey regresó inesperadamente de Valladolid e inmediatamente visitó a la Emperatriz, pese a que se encontraba en la cama. Y se alojó en el jardín que le había comprado a don Juan de Borja, y no en Palacio.

Añadiré a esto el ambiente en el que transcurren los últimos días de la Emperatriz. Manejo para estas conclusiones el diario de Hans, pero también la correspondencia suya con los Emperadores (en la copia que se conserva en Osterwitz, Carintia).

Corre el año de 1603. La Corte está en Valladolid y Hans se determina a trasladarse allí ya que piensa que es la única manera que tendrá para que le escuchen: recuérdese que Hans, en sus días la reina Margarita y la Emperatriz María encabezaban un grupo de opinión contrario a Lerma.

Hans quiere irse a Valladolid y le pide permiso a la Emperatriz. Él habla de encontrarse indispuesto. También ella lo está; alrededor del 20 de febrero. Cuando ha abandonado Madrid y está a la altura de Martín Muñoz de las Posadas, un correo urgente de la infanta Margarita le indica que ha de volver a Madrid; también don Juan de Borja le escribe en similares términos. Como intuye que la Emperatriz está muy mal de salud, suspende el viaje. Todo ello se lo cuenta al Emperador, en carta secreta desde Guadarrama a 24 de febrero de 1603¹⁵. A su llegada a Madrid (el 25 de febrero a las 4 de la tarde, adviértase que Hans deja todo negocio político para estar junto a su señora), María le agradece lo que ha hecho y Margarita, la hija, lo ratifica. La Emperatriz le dice con palabras solemnes (y no es retórica cronística, sino la anotación en las cartas y en el diario), que: “Vos lo habéis hecho como buen caballero... Lo que no pudiere gratificaros yo, lo hará el Emperador, mi hijo...” y le invitó a que se fuera a descansar, pero Hans se negó a hacerlo pues la encontraba muy débil (carta de 25 de febrero de 1603 y *Breve extracto...*, o diario). En una de las entrevistas inmediatas, María implora a Hans que se despidiera en su nombre de Rodolfo II con todos los parabienes..., y como no tenía mejor manera de hacerlo, encomienda su testamento y codicilo a Hans, para que los mande a Rodolfo y los archiduques. Hans declara al Emperador que de encontrarse mejor de salud, lo habría llevado él personalmente a Praga. En fin: esa fue la desolada escena de la despedida de la Emperatriz y el Embajador, al cual le cupo después el honor de hacerse cargo de las honras de su señora.

En cualquier caso, queda verdaderamente claro que la Reina de Hungría no llevó en la Corte del Rey Católico una vida de enclaustramiento y recogimiento, sino que prosiguió con su altiva actividad como correspondía a su carácter, formación y altas miras: “Con gran secreto lo había acordado [Felipe II nombrar a Alberto Gobernador de Flandes y casarlo con Isabel Clara Eugenia], con la Emperatriz...”¹⁶

Por todo ello, resulta fascinante ver cómo se construye el mito de su reclusión y a qué motivos responde.

LA LLEGADA DE LA REINA DE HUNGRÍA A LA VILLA DE MADRID, FEBRERO-MARZO DE 1582

Pero antes, debemos consultar otra fuente, sin finalidad literaria, por ver en qué consideración se tiene a la reina de Hungría y Emperatriz del Sacro Imperio. Vamos a rebuscar entre las actas de las sesiones municipales del Ayuntamiento de Madrid.

La primera noticia que hay de doña María es el 19 de febrero de 1582. Es decir, cuando la comitiva se acerca a Madrid. Nunca antes se había hablado de ella, ni para mandarle un parabién por algún natalicio, o un pésame por su viudedad. Y es que las

¹⁵ Hnas Khevenhüller, ----- *an Kaiser Rudolf II (1600-1605)*, trans. de Georg Khevenhüller _Metsch, vol. VI, copia mecanografiada, p. 167.

¹⁶ En esta ocasión, Cabrera de Córdoba, Luis: *Historia de Felipe II*, vol. IV, p. 150.

preocupaciones de las ciudades entonces debían ser bastante localistas y, en todo caso, más apegadas a sus reyes que a los miembros de la Casa.

El caso es que a mediados de febrero está llegando doña María a Madrid. Se dispone que dos regidores acudan a Barajas a besarle las manos y a ofrecerle lo que la ciudad pueda hacer por ella. Dos regidores van a Barajas: no hay prevista ninguna fiesta de bienvenida, ningún otro acto¹⁷.

¡Sin embargo los dos regidores elegidos se pusieron enfermos y no pudieron ir a besarle las manos! Deprisa y corriendo se les cambió por otros¹⁸ dos que fueron no a Alcalá como se tenía previsto en un principio, sino a El Pardo, al palacio real. A finales de marzo se ordenaba librarles el pago de la dieta¹⁹.

Uno de los males endémicos de Madrid, desde que en 1561 Felipe II trasladó la Corte a esta Villa, fue el de la insuficiencia de sus infraestructuras. La Emperatriz lo iba a conocer: cuando en marzo de 1583 va a entrar en Madrid desde el este de la ciudad, los regidores ordenan que con toda urgencia se arreglen los caminos por los que ella va a pasar²⁰.

Por fin se esperaba a la Emperatriz el día 13 de marzo en Madrid. Fue el Consejo Real, y no la Villa, quien dispuso todo lo relativo a la entrada: un pregón comunicando a todos la bienaventurada venida de la Emperatriz y la ciudad adornada con antorchas (luminarias) la noche del domingo de la entrada²¹.

¹⁷ [19-II-1582] “En este ayuntamiento, habiendo tenido relación que Su Majestad de la Emperatriz de Alemania viene tan cerca de esta villa que estará en la de Alcalá a los 21 de éste, y porque es justo que esta Villa haga el cumplimiento y demostración que debe, acordaron que los señores don Lope Zapata, don Juan Zapata y don Gabriel de Mújica, o cualquiera de los dos de ellos, vayan a la villa de Barajas a besar a Su Majestad las manos en nombre de esta Villa y significarle el contentamiento que tiene de su venida y ofrecer todo el servicio que esta Villa pudiere y la merced que recibiría de que Su Majestad se sirva de él en las ocasiones que se le ofrecieren en lo que esta Villa pudiere. Y que, en conformidad de esto, se le escriba una carta que ordenen los dichos señores comisarios en presencia del señor Corregidor.”

¹⁸ [23-II-1582] “Acordóse que, por los impedimentos y enfermedad que tienen los caballeros nombrados para ir a besar las manos a la Majestad de la Emperatriz de Alemania en nombre de esta Villa, hagan esta comisión los señores don Pedro de Vozmediano y Nicolás Suárez, y vayan luego.”

¹⁹ [29-III-1582] “Acordóse que se pague a los señores don Pedro de Vozmediano y al señor Nicolás Suárez 800 maravedís, a cada uno 400, de un día que se ocuparon en ir a El Pardo a besar las manos a Su Majestad de la Emperatriz de Alemania en nombre de esta Villa. Y se lo pague Calderón con este acuerdo, tomando la razón el contador de esta Villa”.

²⁰ [10-III-1583] “En este ayuntamiento, que el camino real que va de esta villa hasta Alcorcón y de allí el que va a Móstoles hasta llegar a la jurisdicción de esta villa, se reparen todos los malos pasos que hubiere con tanta brevedad que el lunes primero pueda venir, por el dicho camino, Su Majestad de la Emperatriz. Y para que esto haya efecto se comete y encarga al señor Velázquez de la Canal a costa de esta Villa la tercera parte que le tocara, pagándose de propios y lo demás repartido entre los lugares comarcanos para que se paguen. Y lo que esta Villa pagare sea por su libranza y del señor Corregidor”.

²¹ El acuerdo municipal creo que es interesante: “En Madrid, a 12 de marzo de 1583 años. Se juntaron en el ayuntamiento de la dicha Villa los señores Luis Gaitán de Ayala, Corregidor en esta Villa de Madrid y su Tierra por Su Majestad, y don Pedro de Vozmediano y Nicolás Suárez y Antonio Díaz de Navarrete y Pedro Rodríguez Portocarrero, don Ladrón de Guevara, regidores. En este ayuntamiento el Corregidor dijo que el ilustrísimo Presidente de Castilla le mandó llamar y le ha dicho cómo el Real Consejo se ha acordado, en demostración del contentamiento universal que todos tenemos de la bienaventurada venida de Su Majestad a este reino y entrada en él, ha acordado que mañana domingo en la noche se pongan luminarias generalmente como se acostumbra en semejante caso, precediendo pregón en que se haga saber a todos esta buena nueva y se les mandó poner las dichas luminarias. Que da noticia de ello a su señoría de Madrid para que lo mande proveer y ordenar y que también le dio de esto al señor licenciado Jiménez Ortiz en presencia de los señores don Ladrón de Guevara y Nicolás Suárez. Y dijo que se ejecutase y cumpliese con toda la autoridad que fuese posible, que Su Majestad aprobará el gasto y libranzas que sobre esto se hicieren.”

El día 15 de marzo de pagaron sus dietas al regidor que había ido a arreglar las obras del camino de entrada a Madrid²².

Pero no pensemos que en Madrid los regidores estaban infinitamente felices con la llegada de la Emperatriz. En Madrid eran muchos los que seguían pensando que la felicidad podría estar en no tener Corte. En cierta ocasión, por falta de presupuesto, se había retirado una cuadrilla de limpieza y eso que el crecimiento demográfico se iba multiplicando a razón de unas 2.500 personas anuales. En el verano de 1583 acaecieron dos novedades: la una, que había más criados con la Emperatriz: la otra, que el rey había convocado Cortes en la ciudad. Las inmundicias proliferaron. Había que contratar nuevos ejércitos de limpieza²³.

El 4 de junio de 1587 el conde de Chinchón, mayordomo de Felipe II, mandaba la noticia de que el rey y su familia y la Emperatriz venían desde Aranjuez, por lo que había que arreglar los caminos de acceso y mandar provisiones a la localidad de Getafe para que estuviera abundantemente provista.

El 26 de octubre de 1588 se autorizaba a don Juan de Borja para que en tierras baldías de Madrid metiera 80 ovejas “para regalo de Su Majestad”, es decir, para su sustento.

Y la Villa de Madrid, oficialmente, no volvió a interesarse por la Reina de Hungría. Sólo en mayo de 1598 se constituyó una nueva comisión para ir a felicitar a Felipe II por el matrimonio entre Isabel Clara Eugenia y el Archiduque Alberto, comisión que iría a besar las manos, también, de la Emperatriz. Y no hay más.

La reina de Hungría no jugó en Madrid ningún papel público. Su actividad quedó circunscrita al ámbito privado. Pero dinámicamente, no enclaustrada... y además, ¡qué actividad!

EL ORIGEN DEL MITO DE LA VIUDA CORRECTA

Entonces, ¿desde cuándo el mito?

Sin duda que un buen punto de partida fueron las palabras que en su loor se pronunció en las exequias que le celebraron en la Compañía de Jesús y más aún el sermón fúnebre de Jerónimo de Florencia²⁴—ese gran predicador de exequias—, en el que (al margen de las

Y vista por los dichos señores la dicha proposición, acordaron que se haga y cumpla lo que el Consejo manda y que se dé el dicho pregón con trompetas y timbales, y se pongan en este ayuntamiento y puerta de Guadalajara las hachas y luminarias que pareciere que son necesarias y en todas las calles y plazas faroles. Y que los señores Nicolás Suárez y Antonio Díaz de Navarrete, o cualquier de ellos, lo hagan cumplir y ejecutar, y por sus libranzas y del señor Corregidor se pague de los maravedís procedidos de la alcabala de sal, velas y aceite.

[Rubricado por los asistentes]

²² [15-III-1583] “Acordóse que se libre al señor Bartolomé Velázquez de la Canal 400 maravedís de un día que se ocupó en ir a hacer aderezar el camino de Alcorcón para que por él viniere Su Majestad de la emperatriz, los cuales le pague Grijalba con este acuerdo, tomando la razón el contador de esta Villa”.

²³ [Lunes, 4-VII-1583] “En este ayuntamiento se ha hecho que, a causa de haber venido Su Majestad y la Serenísima Emperatriz, y muchos grandes y caballeros particulares, y la convocación de Cortes que Su Majestad manda hacer en esta villa para el juramento del Serenísimo Príncipe don Felipe, nuestro señor, hay tanta gente que es necesario que, para la limpieza de esta villa se ponga la cuadrilla que se había quitado, porque se ha visto y ve por experiencia que de haberse quitado han resultado muchos inconvenientes y que las dos que hay no pueden acudir a tanta limpieza como es necesario que se haga, porque es tanta la inmundicia que se echa en las calles, que no lo pueden quitar. Y si no se pusiese esta cuadrilla y la inmundicia y la basura no se quitase, sería de grandísimo daño y peligro a la salud, atento lo cual acordaron que la dicha cuadrilla se torne a poner, y se ha pagado desde ahora”.

²⁴ Sobre Jerónimo de Florencia, predicador recuperado sobremanera en los últimos años, Garau, Jaume: “Jerónimo de Florencia (1565-1633), predicador real” en Close, Anthony (ed.), *Edad de Oro Cantabrigense*.

figuras retóricas necesarias en un estudio filológico) me llama la atención alguna que otra frase, como aquella en la que exhorta Florencia a los que tienen imperios a “acordarse de que ha<n> de morirse, y dejarlos”, o cuando se pregunta que cómo se preparó para vivir en la otra vida entre ángeles, “Retirándose en esta a vivir entre ángeles de la tierra”.

Fue, pues, el sermón de Florencia y lo que culturalmente hubo a su alrededor, el creador del mito de la retirada. Florencia, en su sermón predicó a los ojos de los asistentes. Poco le importaba la verdad de la vida de María. Importaba más la creación de un modelo de vida y de muerte.

Y sus pasos fueron seguidos años después, para que, olvidada la biografía, no se olvidara al personaje, su mito y su función social.

En 1616 publicó Juan Carrillo *Relación histórica de la Real fundación del Monasterio de las Descalzas de Santa Clara de Madrid [...] de las idas de la princesa de Portugal [...] Juana de Austria fundadora y [...] de la emperatriz María, con un breve tratado de ciento y quince santos de la [...] casa de Austria*, Madrid, Luis Sánchez, 1616, 320 páginas.

Se trata de un farragoso texto, sin lugar para el descanso de los puntos y aparte, por ejemplo. Pero, para lo que nos interesa en este trabajo, es la primera biografía (hagiografía más bien) de doña María.

Leído lo que se le dedica, queda claro que a la altura de 1616 la Emperatriz María ya era una desconocida en Madrid. Sólo interesaba resaltar de su existencia que, viuda, se retiró a vivir dentro de un convento, dedicándose a la oración y la caridad.

El éxito de la invención, aun a pesar de no haber sido hecho con gran calidad literaria fue y es espectacular, porque aún hoy en día, inclusopreciados historiadores seguirán pensando que se retiró a la clausura de las Descalzas.

Así pues, haré unas rápidas alusiones a esta genial obra.

Escribe Carrillo que tras morir Maximiliano II quiso “componer en sí una viuda perfecta” para lo que adoptó modelos de las Escrituras, o a su propio padre que se retiró en Yuste. A partir de este momento se ve con claridad que el texto ulterior de Rodrigo Méndez (1655) es una síntesis, cuando no un plagio *ad pedem litteram* del de Juan Carrillo. Por ser tan intrincado y de lectura tan pesada, prefiero entresacar las citas del de Méndez Silva. A fin de cuentas, aun yendo párrafo a párrafo sintetizando al de Carrillo, lo hace con más ligereza.

Carrillo pondera por capítulos las virtudes de María, así la perseverancia (cap. XV; en que cuenta la extraña aparición de su hijo Maximiliano en Madrid); la fe y la humildad (cap. XVI, en el que cuenta, además, como profesó en la VOT, aspecto callado por Méndez Silva); mansedumbre y modestia (cap. XVII; un detalle: “jamás hablaba a sus criados con imperio”, fol. 205r); la paciencia ante las adversidades y los trabajos (cap. XVIII); la caridad (cap. XIX)...

Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional del Siglo de Oro (AISO), AISO, 2006, pp. 275-280. Y sobre este sermón, Servera Baño, José: “Jerónimo de Florencia, predicador de honras: Sermón a las honras de la Emperatriz doña María, ibídem, pp. 563-568. Bernat Vistarini, Antonio Pablo y Cull, John T.: “Pues si miramos ese escudo imperial: imbricación de palabra e imagen en el sermón de Jerónimo de Florencia (S.J.) para las exequias funerales en honor de la emperatriz María de Austria” en Arellano Ayuso, Ignacio y Martínez Pereira, Ana (coords.): *Emblemática y religión en la Península Ibérica (Siglo de Oro)*, Iberoamericana, Madrid, 2010, pp. 101-126. Se reproducen, por ejemplo, todos los emblemas del sermón de Florencia. El estudio es muy valioso, naturalmente. Es el anticipo a la obra que cito más adelante.

En Carrillo hay aspectos interesantes que no recoge MS: por ejemplo, sus ensayos diarios de cómo tener una buena muerte (cap. XX en el que Carrillo da rienda suelta a su escatológica necrofilia y sadismo)...

Desde el cap. XXI se pone en marcha la creación del mito: “Desde que entró esta sierva de Dios en esa santa casa retirándose para vivir y morir acertadamente entre ángeles de la tierra” se propuso vivir una vida angélica y pacífica “separada de todos los bullicios de la tierra”, manteniendo sólo “celestiales conversaciones” y “señaladamente con su hija la infanta Sor Margarita” (fol. 213v. y ss.).

En fin: empezó su enfermedad el 21 de febrero y murió unos días después, en “feliz tránsito y dichosa muerte” (Cap. XXII). Obviamente hasta en los diálogos coincidirá más tarde Méndez Silva con este Juan Carrillo.

Murió, le cerró los ojos su hija, dejó en el testamento los bienes para la Compañía, se le hicieron las honras... años después se trasladó el cadáver de lugar.

Carrillo no hace alusión a la presencia del ayuntamiento de Madrid en ninguna exequia, ni a lo que pasó dentro de las Descalzas. De ello dejará constancia Méndez Silva.

En 1655 Diego Díaz de la Carrera imprimió en Madrid una obra del polígrafo Rodrigo Méndez Silva, cronista general de estos reinos de España: *Admirable vida y heroicas virtudes de aquel glorioso blasón de España, fragante azucena de la cesarea Casa de Austria y Supremo timbre en felicidades augustas de las más celebradas matronas del orbe, la esclarecida Emperatriz María, hija del siempre invicto Emperador Carlos V.*

La obra tiene 118 páginas en 4º.

El origen de la obra no es inocuo. Está en un encargo hecho por don Antonio de Contreras, caballero de Calatrava y consejero en Castilla, Cámara y Hacienda y por don Fernando Ruiz de Contreras y Fonseca, caballero de Santiago y consejero de Guerra, Cámara e Indias; secretario de Estado y, en fin, Marqués de la Lapilla. Aprovechando el encargo, Rodrigo Méndez Silva dedica casi cuarenta páginas a exaltar el linaje de los Contreras.

Siguen luego 54 páginas dedicadas a la vida de la Emperatriz y cierra el libro un resumen de la vida de los hijos de Maximiliano II y María.

La vida de María se deberá reducir a ser “breves periodos y compendioso panegírico”.

Avanzado el texto, se inicia la ponderación de la vida de Maximiliano y María. Él era ducho en armas y letras. A su alrededor proliferaron las honras al “historiador grave, al matemático insigne, al político prudente y al poeta elegante” porque su palacio era más bien “Academia”. Gracias a sus rutilantes campañas contra los luteranos, le entregó Carlos V la mano de su hija.

Pero Maximiliano murió. El resto de la vida de María es sintetizado por Méndez Silva desde la resignación y la paciencia, hasta el punto que Pío Quinto pensó que “hay suficientes motivos para tratar de su canonización”.

Fantástica la obra de Méndez Silva. Fantástica historiográficamente y fantástica por lo que imagina.

Por ejemplo: “Acostumbran las grandes princesas y señoras en semejante tragedia [la viudedad] a entregarse a lastimosas demostraciones de tristeza, lágrimas, penas, suspiros y llantos, cerrando las puertas y ventanas de sus casas, cubrir las paredes de luto y quitar todos los adornos preciosos”. Pero María, claro, no fue así: “No quiso reparar en vanidades del mundo” pues se dedicó a asistir a los pobres, vagamundos y hambrientos y

pasaba (¡como Juana I de Castilla!) los días y las noches encerradas en el Templo “en que estaba el cadáver de su difunto Príncipe”.

Así es que si en vida del esposo fue un dechado de “perfectas casadas” ahora era ejemplo para “las viudas”. Así que a imitación de otros reyes, pero especialmente a imitación de Carlos V en Yuste, ella se determinó a encerrarse en las Descalzas de Madrid, convento fundado por su hermana Juana.

Se quedó en “Alemania” unos años preparando las cosas a su hijo Rodolfo. Conforme se fue expandiendo la idea de que se iba, se lamentaban los católicos “pues era su único amparo y singular refugio” y los herejes, pues ella era la personificación de las “cosas de Justicia y equidad”.

Le suplicaban en el Imperio que no se fuera e incluso que le fundarían un convento de monjas traídas desde España. Pero ella había tomado la determinación y no se echó atrás.

El 3 de agosto de 1580 salió de Praga, con su hija Margarita.

El viaje lo hizo cargada de reliquias, con tanta fortuna que en algunos lugares en los que estaba picando la peste, se detenía la epidemia a su paso.

Enterado de la salida de la Emperatriz, Gregorio XIII se lamentó de ello temiéndose que con su ausencia cayera alguna “lamentable ruina sobre Alemania y Hungría por ausentarse de aquellas tierras una persona tan santa y fuerte columna de la fe, como la Emperatriz María”.

Por el camino se enteró de la muerte de su hija Ana, la esposa de Felipe II.

Llegaron a Barcelona, en donde fueron recibidos lucidamente, incluso por un tal “Quibiniley, Embajador de Alemania en España” y, en fin, entraron en Madrid el 7 de marzo de 1581, donde a su vez, los recibieron Diego, Felipe, Isabel Clara y Catalina.

Entraron la madre y la hija en las Descalzas, en donde fueron recibidas de nuevo con la solemnidad debida, dentro de un convento.

Al principio de la primavera de 1582 partió a Lisboa, de donde inició el regreso junto con su hermano Felipe II el 11 de febrero de 1583.

Ya en Madrid se aceptó la entrada en clausura de la hija Margarita, “miróse con atención cosa de tanta gravedad”...

Profesó la hija y “concluidos y asentados los negocios de Alemania con el rey, su hermano [...] se recogió –año de 1583– en el mismo monasterio para pasar lo restante de la vida en compañía de aquellas santas vírgenes”.

En su “retiro” se levantaba al amanecer “convirtiendo el rocío en perlas” y así “ofrecía a Dios sus primeros pensamientos”. Nunca consintió que en el coro la llamasen “Majestad”; le gustaba encerrarse en el oratorio con su hija; comía con “singular templanza”; descansaba “breve rato”; despachaba “los memoriales de pobres” y siempre en lo anterior, acompañada por alguna religiosa. De noche no dormía más de dos horas “poniéndose de rodillas en la cama orando con lágrimas y gemidos que penetraban el cielo”. Nunca estuvo “ociosa”, de tal manera que ocupaba a damas y criadas “que la servían en labores para los altares y ornamentos del culto divino y las exhortaba siempre con una capacidad robadora de corazones”. Oía misas y leía lecturas apropiadas en la Cuaresma y en la Semana Santa.

Toda esta vida apartada parece contradecirse con lo que dice Rodrigo Méndez, “sucedió muchas veces traerle cartas de sus hijos el Emperador Rodolfo y Archiduque Alberto”; aunque eso sí, si estaba de oración no se las entregaban. O parece estar en contradicción con las anotaciones en su diario, de Hans Khevenhüller.

Dedica Rodrigo Méndez unas líneas a contar el viaje de Maximiliano a España, que narra en manera similar Khevenhüller.

Y en fin, otra de las virtudes de esta señora era la humildad, o sus permanentes rezos por el triunfo de las “armas de España”. Otra de sus virtudes era la “gran mansedumbre”, que se escenificaba en que “jamás habló a sus criados con imperio, sino rogando”.

Por otro lado, trajo de “Alemania muchas niñas huérfanas para doctrinarlas bien y entrarlas religiosas” y las llamaba sus “joyas preciosas”. Era tan compasiva que no toleraba que se sacrificaran animales ante sus ojos.

Era caritativa. No paró de dar limosnas para monasterios, hospitales, cárceles, rescate de cautivos, sustento de viudas, para huérfanos, necesitados y almas del Purgatorio... llegando a empeñar sus joyas.

Los Jueves Santos lavaba los pies puesta de rodillas a doce pobres. Era devota de la Encarnación del Verbo Divino y de San Juan Evangelista...

Pero a todos llega la muerte: en 1603 nombró por heredero universal al Colegio Imperial de la Compañía. Cayó enferma el viernes 21 de febrero de 1603. La Corte sintió “general sentimiento” porque todos los desamparados perdían a su protectora. El día 25 le dieron la Extremaunción y pidió que le leyeran la Pasión de San Juan; rezó el Credo con su hija Margarita; proclamó “Creo, espero y confieso” y entregó el alma a Dios. Fue el 26 de febrero de 1603 a las 4 de la madrugada.

Con la muerte “quedó el rostro hermosísimo y alegre” a sus 74 años.

A la vez, se vio un “maravilloso globo de resplandeciente luz” que alumbraba tanto como si fuera de día. “Al fin lloró la Alemania, lloró la España y lloróla Madrid con penosos llantos, profundo dolor y amargos suspiros”.

Fue sepultada en las Descalzas sin ninguna pompa, entre otras cosas porque estaba la Corte en Valladolid. Solo los jesuitas “celebraron magníficamente sus honras en el Colegio Imperial” (honras llevadas de la mano del padre Florencia, como hemos visto más arriba²⁵). Con menos ostentación la celebraron los franciscanos. Sin embargo, al parecer, las grandes honras tuvieron lugar dentro de las Descalzas: pero allá estaban solo Khevenhüller, don Tomás de Borja, arzobispo de Zaragoza; los obispos de Ceuta (era su confesor) y Filipinas; “algunos señores, títulos, caballeros”, etc. Efectivamente, don Juan de Borja que era su mayordomo mayor; don Rodrigo del Águila, don Luis Dávalos; el marqués de Villacoris; los capellanes del rey y el abad de San Martín.

El túmulo de 18 x 54 pies se alzaba sobre 12 columnas de trece pies y medio de alto, de arquitectura corintia y pintadas en negro y pardo, etc.

El 19 de marzo se celebraron las exequias, “solemnemente celebradas y lo fueran mucho más, sino se hallara en Valladolid el piadoso monarca Felipe III con su Corte”. Toda la fúnebre arquitectura efímera quedó en la iglesia para que la Villa de Madrid pudiera mostrar “el afecto que tenía a la difunta”. Esto ocurrió el día 20, en que el ayuntamiento, presidido por el Corregidor pasó a la iglesia a oír la misa de pontifical dada por el obispo de Ceuta acompañado por cuatro párrocos de Madrid. Finalizó con

²⁵ Además de la recuperación bio-bibliográfica del padre Florencia citada, ahora es el momento de señalar el estudio de la emblemática de las honras fúnebres por la Emperatriz: Bernat Vistarini, Antonio, Cull, John Y. y Sajó, Tomás (eds.): *Books of honors for Empress Maria of Austria composed by the College of the Society of Jesus os Madrid on the occasion of her death, 1603*, Filadelfia, Saint Joseph’s University Press, 2011. También el de Bernat *et alii* citado más arriba.

un sermón pronunciado por el predicador de Su Majestad. El 11 de marzo de 1615 se trasladó el cuerpo al coro.

EN CONCLUSIÓN

De entre las varias causas por las que María abandonó la Corte Imperial y decidió retornar a España, caben destacarse las de conciencia.

Además, que la decisión fue de carácter personal contra la voluntad de Rodolfo, contando con el beneplácito de Felipe II.

Su regreso a España no estuvo acompañado de una retirada del mundo, porque su carácter (forjado en su linaje y su vida) se lo impedía: a la Emperatriz le encantó la política.

En Madrid no vivió ajena al mundo exterior: muy al contrario, el mundo exterior (y sobre todo los asuntos familiares o matrimoniales de la Casa de Austria) pasaban por sus manos.

Pero no sólo se dedicó a cosas de casamentera, sino que involucró en la defensa de los intereses políticos de sus hijos, cometiendo algún error, aun a pesar de su sensatez procedente de su condición femenina.

No obstante, su grandeza y altivez, su profunda honradez, la enfrentaron con el duque de Lerma.

A su muerte, los jesuitas (fray José de Florencia) iniciaron la construcción del mito de su retirada como buena viuda. En 1616 Juan Carrillo y en 1655 Méndez Silva (que copió hasta el plagio al anterior) continuaron con el mito, que ha llegado a nuestros días.